

LAS TRECE ÚLTIMAS HORAS EN LA VIDA DE GARCÍA LORCA

Miguel CABALLERO PÉREZ

(Madrid: La Esfera de los Libros, 2011, 230 págs.)

La biografía de Federico García Lorca recibe una aportación fundamental con esta obra de un estudioso de relieve en la materia, que tiene escritos ya varios originales sobre el autor y publicado, entre otros, uno fundamental asimismo —*La verdad sobre el asesinato de García Lorca. Historia de una familia* (en colaboración con Pilar Góngora, 2007)—.

El volumen presente reconstruye las muy aproximadamente trece horas que mediaron entre la detención del poeta en casa de los Rosales —hacia las 13 horas del día 16 de agosto de 1936— y su fusilamiento antes de hacia las 3 de la madrugada del siguiente día 17, y lo hace con base en muchas fuentes documentales de archivo que llevan a nuestro investigador a reconstruir con detalle y escrúpulo pasajes de la vida de distintos personajes que tuvieron que ver con el asesinato.

Las conclusiones que se aportan resultan muy nuevas, entre ellas (según se habrá advertido) la de la fecha de ése y otros conocidos fusilamientos simultáneos, aunque Molina Fajardo ya había adelantado algo.

Una de las concausas que Miguel Caballero da como motivación (¿?) de la muerte de García Lorca es la de «haber sido secretario personal del mi-

nistro», esto es, de don Fernando de los Ríos, personalidad que creemos de mucho interés y autor de un necesario libro, *El sentido humanista del socialismo*, por desdicha en estos años fuera del mercado. Lorca —añade Caballero— creía «en las libertades que ofrecía la democracia republicana».

Otro motivo —primordial para nuestro autor— del asesinato hubo de ser el de los conflictos familiares en la vega granadina entre varias familias, una de ellas la del padre del poeta; dice también M. Caballero que «los militares sublevados eran africanistas y estaban acostumbrados a los métodos represivos que practicaron en la guerra de Marruecos. Los utilizaron en la represión de Granada», y esa represión la justificó la trama conservadora y caciquil del momento, desde que en febrero el Frente Popular había ganado las elecciones.

De «actor necesario» en la muerte de Federico se califica en la presente investigación al teniente coronel de la Guardia Civil Nicolás Velasco Simarro, quien en ausencia del gobernador civil Valdés ordenó la detención del poeta, al que con toda verosimilitud odiaba debido a haber escrito su «Romance de la Guardia Civil española»; según era ya bastante sabido, uno de quienes lo detuvieron fue Ramón Urbano Ruiz Alonso, el padre de una conocida familia de actrices. Según queda recogido, el dramaturgo «fue ejecutado en la madrugada del día en que se le detuvo», tras unas cuatro horas en el lugar de detención, La Colonia.

En medio de varias concausas, ya decimos que Miguel Caballero estima cómo «los responsables de la muerte del poeta fueron personas de un entorno familiar cercano», que es la tesis que se trata de probar en esta obra, y se logra —en nuestra opinión de lector— con gran mérito erudito.

Nuestro investigador identifica a los miembros del pelotón de fusilamiento —en el que se incluyeron tiradores de precisión cuya imagen fotográfica se nos facilita—, y escribe hacia el final de sus páginas estas líneas que conmueven y que en su final subrayamos nosotros: «Llegados a este punto habría que reflexionar sobre los ejecutores, que no eran individuos refinados, ni cultos, ni personas dadas a plantearse problemas de índole interna, moral. No se planteaban nada, salvo el cumplimiento de las órdenes. Seguramente actuaron creyendo que lo que hacían formaba parte de su deber en la sublevación, y las ejecuciones no les planteaban grandes problemas de conciencia. Aquel cometido formaría parte de lo que se denominaba «cumplimiento del deber». Antes de la sublevación no habían sido asesinos, y en los años posteriores [...] tampoco lo fueron. Cumplieron su función en las fuerzas de orden público. [...] *Es importante distinguir la calificación de*

asesinos y la de ejecutores. Más bien eran lo segundo. Incluso algunos de ellos actuarían por miedo a negarse a acatar órdenes».

La vida de cada día enseña efectivamente que hay personas que no se plantean cuestiones de «índole moral», según aduce Miguel Caballero; los especialistas —cabe añadir— las denominan en nuestros días «idiotas morales».

Según queda indicado esta indagación se halla hecha con gran mérito, pues la consulta de fuentes resulta muy amplia, y las deducciones del investigador nos parecen alcanzadas con gran sensatez.

La Historia de nuestra «Edad de Plata» —que el último José María Jover databa realmente en todo el siglo liberal 1834/1936—, recibe con el texto de M. Caballero Pérez una aportación biográfica intelectual y moral, de claro relieve.

Francisco Abad Nebot

UNED

